

GIAMBATTISTA VICO, LA UNIVERSIDAD Y EL SABER: EL MODELO RETÓRICO

Giuseppe Patella



El autor estudia la concepción viquiana de la universidad desde la función que cumple en la construcción del saber insertándola en el marco del paradigma retórico, frente al modelo disociativo de la modernidad. Vico es el defensor de una paideia que rechaza todo especialismo, para alcanzar la integración metodológica de todas las facultades humanas. Ello comporta un maridaje entre la imaginación y el entendimiento, entre razón retórica y razón crítica. El resultado es una dialéctica de la copresencia, de la integridad y de la cooperación recíproca.

Vico's conception of University is studied regarding the function it performs in the construction of knowledge. In this frame the author places the claim for the rhetorical paradigm against the dissociative model of Modernity. Vico is for an ideal paideia which rejects every specialism in order to achieve a methodological integration of all human faculties.

That implies a marriage between imagination and understanding, between rhetorical reason and critical reason. As a result of it we obtain a dialectic of joint presence, integrity and reciprocal cooperation.

Interrogarse sobre la idea de Universidad propuesta por Giambattista Vico significa, ante todo, indagar a nivel más general la idea de saber y de conocimiento sostenida por el filósofo partenopeo y, dentro de ésta, analizar más de cerca el papel particular y la función asignados a la institución universitaria. Para ello, además de las habituales referencias a la obra magna viquiana -o sea a la *Scienza nuova*- de la que obviamente es posible deducir la mayor parte de las doctrinas viquianas, nos serviremos sobre todo de tres escritos en particular que permiten enfocar nuestra atención justamente sobre las cuestiones aquí originadas e indicar, en líneas esenciales, algunas posibles hipótesis interpretativas.

El primer escrito es la famosa proluación de 1708 que lleva el título *De nostri temporis studiorum ratione*, en la cual, fuera de los esquemas de la añosa *querelle des anciens et des modernes*, Vico se propone estudiar -por así decir- las condiciones de posibilidad del conocimiento, su naturaleza y sus fines, tanto desde el punto de vista teórico cuanto del metodológico, sin olvidar no obstante sus implícitas connotaciones ético-sociales. El segundo escrito aquí utilizado es otra oración, quizá poco estudiada, perteneciente al período de su

madurez: *De mente heroica*, oración pronunciada en 1732 con ocasión del reinicio, tras un breve período de interrupción, del rito solemne de inauguración del año académico del ateneo napolitano con una disertación pública realizada por Vico. El último escrito, finalmente, está constituido por el texto del discurso inaugural pronunciado por el filósofo partenopeo en 1737 en el quinto año de vida de la renacida «Accademia degli Oziosi», de la que Vico fue nombrado “custodio”, texto que lleva el emblemático título de *Le Accademie e i rapporti tra la filosofia e l'eloquenza*¹.

El motivo de la elección de estos textos para argumentar nuestro discurso no es ciertamente casual, cuando se trata propiamente de escritos que, por ocasión y por destino, se colocan precisamente en el ámbito académico (o dentro de la institución universitaria o del círculo cultural), que tienen como objeto de discusión argumentos de público interés y utilidad y que reflejan, como fuere, una dimensión pública del conocimiento, dirigiéndose a un auditorio muy extenso. Nos hallamos, por tanto, ante escritos dirigidos a una amplia comunidad de personas, que tienen como contenido específico la cuestión del saber en relación con las instituciones públicas en las que viene organizado; son escritos que merecen, por consiguiente, gran consideración, sobre todo hoy día, en un momento de gran retorno del interés por la reflexión sobre los destinos del saber, de la Universidad y, también, sobre el papel de las academias culturales.

Desde las juveniles *Orazioni inaugurali* y durante todo el curso de su pensamiento, Vico se muestra convencido de un programa orgánico y unitario del saber, tendencialmente desarrollado en toda dirección e inclinado por ciertos lados al enciclopedismo, en línea con buena parte del pensamiento humanístico-renacentista y barroco. Y esto viene ya ampliamente sostenido y argumentado con razones válidas en el *De ratione*, donde -fiel a un proyecto educativo tendente a un desarrollo equilibrado del saber- Vico se dirige a los jóvenes invitándoles a instruirse “en todas las artes y ciencias con juicio integral” -según escribe-, lo que significa evitar escisiones y fracturas entre las diversas disciplinas, a través de un despliegue gradual y orgánico de las facultades humanas y, sobre todo, mediante un método de estudio progresivo y coherente, en grado de integrar conscientemente aquello que él llama “crítica” y “tópica”.

Si la ciencia contemporánea ha privilegiado exclusivamente el método considerado crítico, sostiene Vico, es porque Descartes ha demostrado precisamente la utilidad de dicho método en el descubrimiento de verdades lógicas y racionalmente evidentes, contra el dogmatismo medieval, pero ello al precio del alejamiento del proceso cognoscitivo de todas las consideradas “verdades segundas y verosímiles” y de la invasión de la lógica en todo ámbito de experiencia, liquidando así, de un solo golpe, aquello que podemos llamar las “razones de lo probable”, con sus nociones y facultades: es decir, el sentido común, la fantasía, el ingenio, la imaginación.

Imponiendo el predominio del método crítico en la ciencia, el cartesianismo relega a los márgenes del conocimiento todas aquellas disciplinas que escapan a los criterios de control basados en certezas indudables, convirtiéndose así en el mayor responsable de la moderna disociación entre aquellas que son llamadas “las dos culturas”: por un lado, la lógica, con todo el grupo de las ciencias físico-matemáticas; por el otro, la retórica, con las denominadas ciencias humanas: la dialéctica, la elocuencia, pero también la jurisprudencia, la política, la moral, y la historia.

Para un incansable propugnador de la unidad del saber y de la unificación de las ciencias, como es Vico, la raíz del mal se aloja entonces en la disociación de las ciencias, típica de la edad moderna, en la fragmentación, en la especialización, con la peligrosa consecuencia de una progresiva parcelación y degradación del saber. La viquiana revalorización de la tópica, sostenida a partir del *De ratione* y revalidada insistentemente en todas las otras obras, tiene así el objetivo de recomponer la discordia epistemológica entre las diversas disciplinas, de nivelar el dualismo entre sensibilidad y razón, de unir “la mente y el corazón” -como él escribe- devolviendo la misma dignidad científica y cognitiva de la crítica también a la retórica, a la dialéctica. Crítica y tópica deben, por tanto, colocarse en el mismo plano, estar consideradas la una como integración de la otra; es evidente que tomadas individualmente presentan límites: la tópica corre, de hecho, el riesgo de asumir por verdaderas cosas falsas, mientras que la crítica cree asumir sólo lo verdadero rechazando además lo verosímil. Para evitar tales inconvenientes, Vico entonces es partidario, según escribe,

“de instruir con juicio integral a los jóvenes en todas las artes y ciencias. A tal fin, la tópica les enriquece sus motivos y, a la vez, con el sentido común progresan en la práctica de la vida y en la elocuencia, con la fantasía y la memoria se robustecen en las artes que se sirven de estas facultades, finalmente aprenden la crítica, para enjuiciar por último con cerebro propio sobre las cosas aprendidas [...]. Así resultarán exactos en las ciencias, vigilantes en la conducta práctica de la vida, ricos en elocuencia, imaginativos en poesía y pintura, fervientes de memoria para la jurisprudencia².”

Nos hallamos así ante un ideal pedagógico abierto y mediador, ante una práctica educativa tolerantísima y ante una concepción del saber de tipo humanístico, según el cual todos los componentes son igualmente cultivados y desarrollados, insertos en un proceso gradual de aprendizaje dirigido a la progresiva adquisición de un saber armónico y unitario.

En esta perspectiva, a través del énfasis puesto en la pareja dignidad del *ars inveniendi*, de la reivindicación -por tanto- de la autonomía especulativa y del valor gnoseológico de lo verosímil, el *De ratione* representa el intento viquiano más vigoroso de defensa y reafirmación de la unidad sincrónica de todas las ciencias, las artes y las disciplinas, según un modelo adscribible al universo cultural tanto clásico cuanto *secentesco* y barroco, que prevé una síntesis enciclopédica del saber constituida en torno a la unidad metodológica del discurso tópico-retórico. El modelo de la sabiduría retórica, que no casualmente se avala con la facultad típicamente barroca del ingenio, que se explica acercando palabras, cosas e ideas a primera vista distantes y desconectadas, efectivamente es más propenso a acoger que a alejar, a integrar que a sustituir, a unir que a dividir, indicando así el objetivo primario de una cultura orgánica e integrada, más que un saber escindido y fraccionado. El ingenio, escribe Vico en el *De antiquissima italorum sapientia*, “*facultas est in unum dissita, diversa coniungendi*”, o sea, es la facultad capaz de reunir en una unidad las cosas separadas y distintas³, y en la segunda *Risposta al “Giornale de’letterati”* añade que “la tópica descubre y acumula; [mientras que] la crítica divide lo acumulado y separa⁴”. Toda la amplia reflexión viquiana sobre el ingenio y la tópica -que aquí obviamente no es

posible recorrer en su globalidad y que, de cualquier modo, ocupa un papel fundamental en la articulación de su pensamiento- posee, pues, la explícita finalidad de dotar a la retórica de una profunda valencia especulativa y de abrir, por tanto, el camino a una consideración del arte sermonario no ya como ornamental, sino como de un nuevo modelo cognitivo -distinto respecto de la crítica y sin embargo paritario a ella- en torno al cual, desde el comienzo de su pensamiento, Vico concentra su propia reflexión construyendo su ideal sapiencial.

Si, como hemos dicho, la acusación que Vico imputa al método crítico cartesiano está en su vocación universalista, es decir, en su pretensión de imponerse en todo ámbito discursivo y, por tanto, en su consiguiente tendencia a relegar la esfera de lo verosímil a lo falso, a considerar las razones de lo probable similares al error, la vía que intenta practicar Vico resulta, entonces, por así decir, una vía intermedia, la vía intermedia que podemos llamar del “probabilismo”, que sepa evitar tanto el dogmatismo, y eso es en este caso la pretendida verdad absoluta del método geométrico, cuanto el escepticismo, que es decir la pura recusación de toda voluntad de búsqueda resolutive del conocimiento y de la verdad. En estos dos polos aparentemente alternativos identifica Vico entonces el blanco de la polémica misma de su completa reflexión filosófica. De tal modo parece delinearse, por un lado, el rigorismo cartesiano -como igualmente jansenístico- con el consiguiente maniqueísmo y absolutismo teórico, del que deriva también una consideración de la moral en sentido individualista, y, por otro lado, contrariamente, aquello que hemos llamado el probabilismo viquiano, hecho de tolerancia, apertura, integración teórico-cognoscitiva y solidaridad moral, de probable derivación jesuita. La flexibilidad antipreceptística indicada explícitamente en el *De nostri temporis studiorum ratione* entra perfectamente en sintonía con la política cultural de los Jesuitas, cuya *ratio studiorum* Vico demuestra no solamente conocer, sino querer retomar, integrar y actualizar, justo en esta obra. Por otro lado, las mismas palabras del título de la oración viquiana, como también su contenido, indican propiamente el camino en esta dirección.

Entonces, el edificio viquiano del saber construido en el *De ratione* no representa un juvenil y, por tanto, inmaduro proyecto cognoscitivo, una entusiasta defensa de las razones de una tradición humanista que ve en la revaloración de la retórica la condición esencial de su renacimiento, una concepción del saber, por tanto, destinada más tarde a convertirse en una más reposada y madura reflexión inspirada en principios lógico-deductivos. Más propiamente de modo viquiano, podemos sostener, en cambio, que si hacemos nuestras las profundas intuiciones reunidas en la *Scienza nuova*, según las cuales en la infancia de las naciones, al igual que en la frescura de las mentes infantiles, anida un universo gnoseológico y expresivo dotado de su propia autonomía y dignidad, debemos admitir entonces que en la más intensa de las oraciones juveniles del pensador napolitano encontramos ya plenamente formulada y desarrollada una visión del saber sincrónica y unitaria, mantenida invariable a lo largo de todo el arco de su reflexión. Como demuestra, a tal propósito, un análisis de los escritos que, al comienzo de nuestro discurso, hemos anunciado pretender tomar en consideración: a saber, el *De mente heroica*, que pertenece precisamente ya a la plena madurez del pensamiento viquiano.

La disertación de 1732 presenta, efectivamente, los caracteres significativos que confirman y amplían cuanto ya se ha sostenido a propósito del *De ratione*, sólo que esta vez la enciclopedia viquiana de las ciencias viene ahora afrontada y clarificada a la luz de las teo-

rías contenidas en la *Scienza nuova*, plenamente maduras en ese entretiem po. En el *De mente heroica*, con toda la solemnidad digna de la ocasión en la que, después de un período de crisis en las instituciones universitarias, una oración pública es confiada a la autoridad del profesor de retórica de la Universidad de Nápoles, el cual, sintiéndose honrado por ello amplifica el mensaje y lo dota de un significado enteramente peculiar, Vico dirige una afligida invitación a todos los “adolescentes con óptimas esperanzas” (*optimæ spei adolescentes*) a fin de que en un esfuerzo tendente a liberarse de los falsos objetivos del poder, del dinero y del éxito, encaminen sus mentes hacia los más altos grados del saber, “para dirigir la sabiduría a la felicidad del género humano”, como escribe explícitamente.

En aquella obra que se muestra fuertemente orientada en sentido pedagógico, advertimos un verdadero y propio acto de fe en la práctica educativa y también en la misión civil y social del filósofo, que pone su empeño a favor de una utilidad pública del saber y del conocimiento, “para resultar útil al Estado” -escribe-, en estrecho contacto con los problemas de la colectividad; problemas graves y peligrosos sobre todo en la fase de la “razón desplegada”, de la considerada “barbarie de la reflexión”, en la que “como bestias inhumanas en una suma soledad de ánimos y de aspiraciones” -escribe con colorido lenguaje en el párrafo 1106 de la *Scienza nuova*- no se hace otra cosa que pensar “en las utilidades particulares de cada uno”. En tal sentido, la apelación -contenida en el *De mente heroica*- a una forma de conocimiento vasta e inclusiva sin los prejuicios inspirados por una visión sectaria y unilateral, la apelación a un saber armónico y completo, según el modelo retórico-humanista, parte precisamente del ambiente académico, de la Universidad; este llamamiento viene de este modo lanzado con particular vigor por la figura del filósofo, el cual, aquí en esta sede celebra su rol de guía y su misión universal. Y en el ímpetu ecuménico y universalista que anima el *De mente heroica*, Vico está dispuesto a incluir entre los grandes del saber, junto a Platón, Galileo, a Colón, Grocio y tantos otros, también al “odiado” Descartes, a quien se refiere directamente llamándolo “ingens Carthesius”. Más tarde, Descartes retornará quizás para asumir el rol de campeón de la edad de la “razón desplegada”, como había sido en las obras viquianas precedentes, el símbolo del agotamiento de la cultura que precede a la edad de la “barbarie retornada”, más engañosa e insidiosa que la primera barbarie, porque si aquella del sentido “mostraba una fiereza generosa”, ésta de la reflexión puede sólo complacerse de una “fiereza vil”, escribe⁵; pero aquello que importa más es que Vico insiste aquí en la necesidad de un saber de plenitud que posibilite asegurar un vínculo “ingenioso” entre elementos aparentemente inconciliables, soldar entre sí aspectos y elementos distantes y heteróclitos, comprender y juntar métodos, disciplinas y competencias distintas y distantes hasta formar un solo cuerpo, unitario y coherente.

Desde esta perspectiva, la invitación realizada a los jóvenes en el *De mente heroica* es propiamente la de “escuchar a los maestros de todas las materias [...] con el propósito [...] de encontrar en sus lecciones aquello que valga para curar, sanar, perfeccionar todas las facultades de vuestras mentes y de vuestros ánimos”⁶. Luego, lo que más cuenta -continúa Vico- es entonces dedicarse a una “continua confrontación entre las cosas que vayáis aprendiendo, para crear una conexión entre ellas, para hacerlas concordar todas en cada una de las disciplinas estudiadas por vosotros”⁷. Todo ello con el fin de adquirir lo que él llama el “hábito de comparar”, o lo que es lo mismo -escribe-, “la capacidad de poner en confronta-

ción entre sí también a las ciencias, las cuales, como si fuesen miembros celestes, componen el divino cuerpo de la sabiduría en toda su plenitud”⁸.

Ahora, en su ambicioso programa enciclopédico, el filósofo partenopeo no tiene la intención, sin embargo, de equivocarse la propia visión del saber dando de éste una imagen fría y alejada, como de algo que se posee exteriormente, se consigue controlar lúcidamente y se termina por administrar con escrupuloso cuidado burocrático-formal, algo que nada tendría que ver, por tanto, con la realidad de la existencia humana. Vico está, en cambio, abiertamente y sin reservas a favor de un saber heroico y pasional frente a un saber desinteresado y sin arrosos de generosidad. Retomando en ello un motivo común a toda la cultura del Barroco, él está tanto por un saber directo, práctico, concretamente determinado, cuanto por un saber dirigido a las cosas sublimes, hacia lo alto y la celebración de Dios. Pero, sobre todo, está por un saber activo, valiente, esforzado, emprendedor. En el *De mente heroica* concretamente escribe:

“No queráis concebir el ocioso deseo de que la sabiduría os caiga del cielo mientras durmáis; dejáos estimular, en cambio, por la avidez laboriosa de poseerla; con ímprobo e invicto afán intentad y emprended todo cuanto os sea posible; dirigid vuestros esfuerzos hacia todas partes”⁹.

Al invitar a celebrar la naturaleza casi divina de la mente humana, Vico apremiará a abrazar toda forma de saber que se aferre tanto a las cosas humanas y naturales cuanto a las cosas eternas y divinas. Y las unas en función de las otras, como sostiene en la *Scienza nuova*, donde dice que “la verdadera sabiduría debe enseñar el conocimiento de las cosas divinas para conducir las cosas humanas al sumo bien”¹⁰.

Llegados a este punto, quizá valga entonces la pena reafirmarse propiamente en la definición viquiana de sabiduría; definición que está tomada directamente de Platón y que en el *De mente heroica* viene expresada *purgatrix, sanatrix, consummatrix* “del hombre interior”¹¹ y, más ampliamente, en la obra cumbre viquiana se expresa como

“la facultad que dirige a todas las disciplinas, mediante las cuales se aprenden todas las ciencias y las artes que componen la humanidad. Platón -continúa Vico- define la sabiduría como `la perfeccionadora del hombre”¹².

¿Qué significa esto exactamente? Significa que en esa misma continuidad de contenidos e intenciones de la *Scienza nuova*, el *De mente heroica* retoma la misma definición de sabiduría, que debe entonces entenderse como fin heroico de los estudios, aquello que cuida y perfecciona el ánimo humano ofreciéndole la única posibilidad de acceder a la virtud y a la verdad. De tal modo, socráticamente, el filósofo del *verum et factum* está profundamente convencido de que verdad y conocimiento se identifican, que virtud y sabiduría tienen la misma naturaleza. Y en un parangón fisiológico, dirigiéndose a los jóvenes, Vico escribe que el objetivo al que apunta la enseñanza pública es, precisamente, “recogeros aquí, enfermos como estáis de la mente y del corazón, para que vuestra mejor naturaleza encuentre cuidado, salud, perfeccionamiento”¹³. Instituyendo con ello un paralelismo entre cuerpo y alma,

él entiende entonces las universidades como “gimnasios públicos”: al igual que los antiguos restauraban, revigorizaban y acrecentaban las fuerzas del cuerpo mediante la gimnasia practicada en las termas, sostiene Vico, del mismo modo “en las Universidades de los estudios encuentran restauración, nuevo vigor y aumento las fuerzas del ánimo”¹⁴. Y esto porque - escribe- están “ansiosos de ser curados, restablecidos, perfeccionados por la sabiduría”¹⁵. En este sentido, con una eficaz metáfora médica, podemos sostener que en el *De mente heroica*, y no sólo en esta oración, Vico hace del saber la verdadera panacea para todos los males del hombre, el único remedio a toda enfermedad del espíritu. No es azaroso, añade Vico, que con el término “*Sapienza*” todos los estudiosos italianos califiquen sin diferencia a todas las Universidades de los Estudios¹⁶.

He aquí entonces que llegamos precisamente a la cuestión de la Universidad, al rol y a la función que el filósofo de la *Scienza nuova* asigna a la institución universitaria. En el *De ratione*, caracterizando y distinguiendo el plan de estudios en instrumentos, subsidios y fines, Vico propone las universidades entre los subsidios y escribe sintéticamente que ellas “están constituidas y ordenadas para cada ciencia y arte, gracias a las cuales se educan la mente, el corazón y el lenguaje humano”¹⁷. Los instrumentos, que comprenden las metodologías de los estudios y el orden en que deben ser organizados, son la cosa más importante para alcanzar el fin de los estudios, que -como habíamos dicho- coincide con la sabiduría y con la verdad. Los subsidios, a su vez, entre los que junto a la Universidad pone Vico también la imprenta, es decir los libros, son como la manifestación pública, la expresión institucional de los métodos y los fines determinados.

La indagación conducida en el *De nostri temporis*, como se sabe, se reafirma sobre todo en la valoración del método moderno, común a todas las ciencias y artes, que es preponderantemente el instrumento de la nueva “crítica” cartesiana, dejando en parte inexplorada toda la problemática de las universidades, a las cuales sólo se dedica el brevísimo penúltimo capítulo de la oración. No obstante, en este capítulo, Vico no deja de precisar, de forma muy clara, el significado de esta institución, a la que confía la insustituible tarea de mejorar y acrecentar la condición humana a través de la enseñanza, la difusión y la transmisión del saber, como también a través de una acción constante de adiestramiento de las mentes. Y en esta tarea, sin embargo, no se deja sola a la Universidad, porque en ella está apoyada por las academias y por los círculos culturales, de cuya función indispensable está Vico profundamente persuadido. En la “dignidad” LXV de la *Scienza nuova*, las academias son colocadas justamente en el vértice de las formas de convivencia humana: “antes fueron las selvas, después los tugurios, luego los pueblos, tras ellos las ciudades, y finalmente las academias”, escribe¹⁸. Éstas son, entonces, la manifestación más elevada de humanidad, las instituciones culturales situadas en la posición más alta, pero, justamente en virtud de esta posición que ocupan, se hallan también en la condición más delicada y más peligrosa que se pueda imaginar, por lo que tienen la obligación de no aislarse del tejido humano y social y, sobre todo, de vigilar constantemente las formas del saber, a fin de que éstas no se dejen nunca ofuscar por los modos engañosos de la “razón desplegada”, que con sus “malnacidas sutilezas de ingenios maliciosos”¹⁹ peligraría de arrojarlas al abismo de una nueva barbarie, peor y ciertamente más duradera que la primera.

Para evitarlo, Vico confía entonces a las universidades el alto oficio de ser lugares de promoción de una cultura elevada y unitaria, de transmitir un saber orgánico e integrado,

apelando a los principios de la contextura, de la armonía, y de la integración, que rinden por tanto justicia al mismo término de *universitas studiorum*. La expresión “Universidad de los estudios” envía nuevamente a la finalidad de una cultura enciclopédica y omnienvolvente, que no deja de exhibir competencias particulares, pero siempre en la óptica de la totalidad que es, en fin, “la flor del saber”, dice Vico, porque -escribe todavía en el *De mente heroica-*: *manca et debilis institutio literaria illa est in unam, certam ac peculiarem disciplinam tota mole incumbentium*²⁰, es decir, que “manca y flaca es la cultura de quien se tira de cabeza, con todo su peso, sobre una sola, limitada y particular disciplina”. Y añade:

“Sócrates, el cual consideraba que las virtudes no eran otra cosa que ciencias, negaba categóricamente que en algún lugar pudiese ser verdadera una sola de éstas, si allí no fueran acordes todas las otras”²¹.

Además, con una de sus habitualmente geniales y al mismo tiempo caprichosas investigaciones etimológicas según la cual, en este caso, el sustantivo latino *scientia* derivado del adjetivo *scitus* significaría también *pulcher*, con metáfora anatómica Vico llega a decir que “como la belleza consiste en una justa simetría tanto de los miembros entre sí cuanto en la conjunción de todos en un cuerpo bello, así la ciencia no debe ser considerada sino como la belleza de la mente humana”²².

Fiel a los principios clásico-humanísticos de la retórica, Vico no puede, por tanto, hacer menos que perseguir un ideal sapiencial armónico y unitario capaz de imponerse sobre todas las divisiones, producidas más que nada por la metodología “crítica” de los modernos.

A la luz de esta impostación general del problema del saber y del conocimiento tal como emerge de la obra viquiana, ahora, en un intento de profundizar en el penúltimo capítulo del *De ratione* dedicado a la Universidad, nos parece también que podemos comprender que la institución universitaria asume para Vico un doble papel, tiene una doble identidad. Por un lado, ella representa de algún modo la consecuencia de la especialización y del “divorcio” entre las diversas disciplinas, casi el resultado inmediatamente visible de la fragmentación y proliferación de las ciencias como fenómenos típicos del avance de la modernidad cultural; y como tal, bajo este aspecto, la Universidad es una institución completamente desconocida en la antigüedad, donde el saber se daba de modo unitario e integrado, donde -escribe Vico- “un filósofo solo era una Universidad completa”. Por otro lado, en cambio, podemos decir que la Universidad simboliza el antídoto, la respuesta más eficaz que la misma modernidad cultural pueda imaginar para afrontar tal situación de fractura en el seno de la unidad del saber, y ello en la medida en que la Universidad llega a ser el lugar elegido donde se repara la discordia profunda que anima la misma idea de modernidad, y donde por eso se practica una cultura armónica e integrada de la que irradia una visión orgánica del saber. Es en esta última acepción que para Vico la Universidad desarrolla un papel insustituible: a ella, de hecho, confía el pensador partenopeo la esperanza de continuación de un modelo cultural que parece ahora volver al ocaso bajo el peso del imponerse, por así decir, de los nuevos paradigmas disociativos de la modernidad.

La institución de las Universidades de los estudios, en las que se enseñan todo tipo de disciplinas, se impone por tanto en virtud de la división de las ciencias y del enorme creci-

miento de los saberes en el rápido proceso de avance de los tiempos, y esto no sin algunas graves consecuencias. En efecto, escribe Vico en el capítulo XIV del *De ratione*:

“puesto que lo que debemos conocer está contenido en tantos libros, pertenece a tantas naciones cuyas lenguas están muertas, los Estados destruidos, las costumbres desconocidas, los códices corrompidos, cualquier ciencia y arte llega a ser tan difícil, que trabajosamente una persona puede enseñar únicamente una sola. Precisamente por ello hemos instituido y ordenado las universidades con todos los géneros de disciplinas, donde cada uno enseña la materia de su competencia. Pero a esta ventaja -continúa Vico- es correlativo el inconveniente de que las artes y las ciencias, que la sola filosofía comprendía con espíritu único, son hoy diversas y están separadas [...]. Pero hoy, oyentes, son instruidas por combinación bajo la guía de un aristotélico en la lógica, de un epicúreo en la física, de un cartesiano en la metafísica [...]. Y así la instrucción está tan mal organizada e irresoluta que, siendo solamente doctísimos en doctrinas particulares, en la totalidad, que es en fin la flor del saber, se termina por valer bien poco. Por ello, -concluye Vico- pareciéndome esto una desventaja, quisiera que los maestros de las universidades formasen un único sistema con todas las disciplinas, apropiado a la religión y al Estado, [un sistema] tal para conseguir una uniformidad de doctrinas a enseñar oficialmente por la educación pública”²³.

Se trata ahora mismo de comprender qué sea este *unum omnium disciplinarum systema* del que habla Vico en este fragmento, capaz de conseguir una “uniformidad de doctrinas” y, más en general, cuál sea la disposición más idónea para afrontar la cuestión del saber en relación a su pública transmisión con objeto de evitar las molestas consecuencias de una instrucción disorgánica y fragmentada. Llegados a este punto, justamente sobre la base de cuanto hemos venido diciendo, no hay duda de que tal sistema unitario, en cuyo interior todas las diversas disciplinas se hallen juntas como un solo cuerpo, no puede ser más que el modelo sapiencial indicado por la retórica, o lo que es lo mismo, la disciplina que, únicamente entre todas las demás, es capaz de atender a la reconstrucción unitaria del saber, de preparar el modelo más amplio y comprensivo para abrazar la totalidad de los diversos planos de las disciplinas y del conocimiento, porque es la única capaz de hacer operar contemporáneamente todas las facultades humanas de modo interactivo y recíproco, contrastando así la canónica contraposición entre intelecto y sensibilidad, entre mente y corazón -o, por decirlo con las mismas palabras de Vico, entre “la lengua y el corazón”- que caracterizan la historia cultural de la modernidad. El primado de la facultad lógico-racional sola y la consiguiente supremacía del método crítico, avanzados por el cartesianismo, y no solamente la parcelación y fragmentación del saber, son así superados por Vico en nombre de una reafirmada contextualidad orgánica de las facultades humanas y de una nueva complicitad metodológica de la retórica que prepara la recomposición de la controversia entre las denominadas “dos culturas”. Vico parece, de este modo, tener en mente una retórica entendida casi como la reina *scientiarum*, o sea, como una disciplina completa que, en cuanto filosóficamente fundada, es la única capaz de guiar el aprendizaje de todas las demás disciplinas.

De hecho, él insiste propiamente sobre la conexión esencial de retórica y filosofía y sobre la centralidad de la elocuencia en el interior del sistema de las ciencias, y en un fragmento extremadamente significativo de la *Aggiunta alla sua autobiografia* de 1731, hablando de sí mismo en tercera persona y del propio oficio de profesor de retórica, escribe:

“No razonó jamás de las cosas de la elocuencia ~~si no~~ en relación a la sabiduría, diciendo que la elocuencia no es otra cosa que la sabiduría que habla, y por ello su cátedra era aquella que debía dirigir los ingenios y hacerlos universales, y que mientras que las otras atendían a las partes, ésta debía enseñar todo el saber completo, para que las partes se correspondiesen bien entre sí y se entendiesen bien en el todo”²⁴.

Y es precisamente esta indisoluble unión de retórica y filosofía, en cuanto “a cada idea está apegada naturalmente su propia voz, de donde la elocuencia no es otra cosa que la sabiduría que habla”²⁵, lo que constituye el argumento principal del tercero de los textos de los que hablábamos al comienzo de nuestro discurso, es decir *Le Accademie e i rapporti tra la filosofia e l'eloquenza*, en donde, contra el “violento divorcio” causado al inicio del pensamiento occidental por los sofistas, divorcio que ha terminado por hacer de la retórica un “vano arte de hablar” y de la filosofía “una árida e inelegante manera de entender”, Vico se preocupa ahora por evitar que las divisiones, las distinciones introducidas por el método crítico de los modernos hagan correr el peligro de que la filosofía moderna se desequie y se cierre cada vez más en sí misma a causa de su separación de la elocuencia y del “sentido común” y, sobre todo, que las instituciones culturales, las universidades y las academias en primer lugar, no corran el riesgo de llegar a ser lugares de sofisticada especialización, orgullosamente a la vanguardia en los estudios “particulares”, pero en realidad instituciones aisladas y desarraigadas del tejido humano y civil. Bajo este perfil, la insistencia viquiana en la activación de la relación entre filosofía y retórica, remachada prácticamente en todas sus obras, no puede menos que apuntar, por un lado, mediante la apelación a la unidad fundamental del saber, a la reconstrucción del *orbis scientiarum* fragmentado y, por otro lado, a través de una explícita tendencia de carácter ético-político, al objetivo final del *commune bonum* y a una cultura amplia y orgánica, que es disfrutada y socializada por una colectividad entera. El fin de toda la reflexión viquiana parece ser así el de conectar la sabiduría a la elocuencia y a la ética en una síntesis final de lo verdadero, bueno y justo. En esta perspectiva, la filosofía y la retórica parecen así descubrir de nuevo su primigenia vocación de tipo ético-social, apuntando directas al bien común y al “total provecho del Estado”.

Ahora bien, para esta auténtica exigencia viquiana de un saber armónico y unitario, y justamente porque tal saber es participado y distribuido por una colectividad entera, es indispensable un modelo de retórica filosófica, que no por casualidad se presenta como disciplina que para el trámite de dialogar se acerca a la vez al saber completo, arte del decir que vive en el cambio lingüístico vivo de la comunidad, en el que la tensión comunicativa del pensamiento es a su vez fuente y vehículo de una verdad que se afirma como dialógica y discursiva. Para Vico, efectivamente, la retórica no es enteramente extraña a la filosofía, como quiere en cambio la moderna tradición racionalista que la relega al campo de lo lúdico, a la esfera de lo verosímil o de lo arbitrario, entendiéndola superficialmente como una

técnica lingüística que se limita a jugar con las emociones o, todo lo más, como un instrumento apto sólo para embellecer, para adornar, o sea, para hacer exteriormente apetecibles presuntas verdades establecidas según los rígidos esquematismos conceptuales derivados de las metodologías lógico-deductivas. Más bien es un elemento de ella; en otras palabras, la retórica es parte de la filosofía: puesto que la retórica es el arte de persuadir proponiendo argumentos válidos, ella es vehículo de la verdad, de una verdad, sin embargo, que vive en el lenguaje del diálogo y por tanto en la dimensión hermenéutica de la comprensión y de la interpretación, una verdad que impone por consiguiente la participación y el consenso de todos aquellos a quienes se dirige. Desde esta óptica, la retórica no puede ser cambiada por una mera técnica persuasiva, ni ligada a una concepción instrumental y accesoria del lenguaje, que así entendida se encarga de ofrecer un ropaje exterior a conceptos y verdades ya producidos y confeccionados por el discurso racional. Ella, en cambio, se liga a una dimensión originaria del lenguaje, según la cual el viquiano “hablar figurado”, el “bien hablar mediante conceptos” -como sostiene en las *Institutiones Oratoriæ*, pero sobre todo en su obra maestra- expresa la forma originaria y, por tanto, más propia del discurso humano. Vico está por ello convencido de que el *pensamiento* que podemos llamar *retórico* constituye la primera y más inmediata manifestación del conocer humano, un pensamiento analógico-fantástico, por así decir, que hace del momento inventivo la propia fuerza, al que el filósofo partenopeo atribuye gran importancia y seguramente una autonomía y una dignidad especulativa si no mayor al menos pareja al modelo representado por el pensamiento lógico-racional. Este último, más bien, casi debe reconocer su propia dependencia del primero.

En realidad, la lógica deductiva, como la misma “crítica” cartesiana de las ideas claras y distintas, es no sólo insuficiente para cubrir por sí sola todo el ámbito del conocimiento y de la experiencia, sino que en su frío y orgulloso mentalismo tautológico, encerrada en su solipsista fiereza cognoscitiva cree llegar a poseer la llave de acceso directo a la esencia oculta de la realidad, aunque en cambio debe admitir no llegar a salir de un tan riguroso proceso analítico-deductivo de la realidad que, sin embargo, nada parece añadir a la realidad misma, porque se limita analíticamente a desmontarla, debiendo admitir de tal manera que no sale a descubrir nada nuevo porque es incapaz de proceder más acá de las premisas dadas desde la *inventio*. Como ha puesto bastante en evidencia Ernesto Grassi a tal propósito en sus bien conocidos estudios viquianos, el método crítico-deductivo debe reconocer su propia dependencia de la *inventio*, en cuanto, por su misma función, presupone un conocer que, poniendo las premisas desde las que moverse, constituye respecto a él un *prius* lógico. Por otro lado, como remacha repetidamente Vico en todo el curso de su pensamiento y luego escribe claramente en la *Scienza nuova* § 498, antes es el “descubrir” y conocer, después el “enjuiciar”, y puesto que el “descubrir es propiedad del ingenio”, es menester admitir el primado cuanto menos lógico del *ingenium* sobre la *ratio*, o mejor, de la *ratio inventiendi* sobre la *ratio iudicandi*, y, en definitiva, por tanto, de la tópica sobre la crítica, sosteniendo de tal modo el valor gnoseológico-especulativo de la retórica misma. Estamos así ante el primado de pensar retórico-ingenioso que posee una autonomía, dignidad y necesidad propias que nada tiene que envidiar al pensamiento lógico-racional.

Y tal vez sea aún preciso insistir en la necesaria comparecencia de tópica y crítica, por decirlo todavía con el lenguaje del *De ratione*, o bien restablecer aquella originaria conexión de retórica y filosofía, unir la lengua y el corazón, “porque no hay elocuencia sin verdad ni

dignidad, de cuyas dos partes se compone la sabiduría”, escribe en el discurso sobre las *Accademie e i rapporti tra la filosofia e l'eloquenza*²⁶. Ésta es, por consiguiente, la tarea que Vico intenta realizar hablando de las instituciones universitarias como lugares de cultura difundida y armónica, en las que a través de un acercamiento unitario al problema del saber y del conocimiento son superadas las divisiones entre las diversas ciencias apuntando a una recomposición orgánica de ellas. Y es, por tanto, en este sentido completivo que el modelo cognoscitivo indicado por la retórica asume un papel de primera magnitud en el intento viquiano de la unidad del saber. Sin conocimiento del valor especulativo y metodológico de la elocuencia, parece decir Vico, la sabiduría corre el riesgo de pulverizarse, de dividirse, de ser desnaturalizada hasta parecer algo árido y estéril perdiendo su propia relación directa con el “sentido común” o, por decirlo con una preñada expresión husserliana con el mismo sentido, con el “mundo de la vida”. “¿Qué otra cosa es en verdad la elocuencia, -repite Vico en el *De ratione*- sino sabiduría que habla de modo decoroso, copioso y adecuado al sentido común?”²⁷

Llegados casi a la conclusión de nuestro discurso, a la luz de todo aquello que hemos venido diciendo podemos sostener sin duda que la retórica es para Vico a la vez tanto el sujeto como el modo del propio pensamiento; es decir, la “cosa”, en sentido fuerte, como también para pensar la manera misma de pensarla. No podía ser acaso distinto dada su larguísimo hábito con la disciplina enseñada por él durante otros cuarenta años, el “dificilísimo arte del decir” y del pensar por el cual el profesor de retórica -y el profesor de retórica de la universidad de Nápoles, Giambattista Vico, en particular- de manera adecuada a su alto cargo, debe ser “aquel que debe exhortar a los jóvenes a cultivar todos los géneros de artes y ciencias”, como escribe en el *De ratione*²⁸, porque el objeto de su estudio es “el saber íntegro”.

Con todo ello, podemos concluir verdaderamente y decir que Vico, en definitiva, se bate -por así decir- contra el paradigma disociativo de la modernidad a favor de un programa de *paideia* ideal, de integración metodológica, de lucha a ultranza contra toda dispersión y división especialista, y, como he repetido más veces, lo hace en nombre de una afirmada contextualidad orgánica de las facultades y de las actividades humanas, en nombre de un nuevo matrimonio, de una convivencia sincrónica entre imaginación e intelecto, entre razón retórica y razón crítica, por así decir, afirmando con ello una dialéctica de la copresencia, de la integración y de la recíproca cooperación. La actualidad del pensamiento viquiano y su “progresividad”, su modernidad tal vez, están paradójicamente justo en ese peculiar culto suyo por lo arcaico, por lo antiguo, por la cultura clásica que lo impulsa a la apasionada denuncia de los males del mundo moderno, contra sus divisiones, contra su aislamiento.

En esta perspectiva, el pensamiento viquiano parece entonces entrar en consonancia con esa parte de la reflexión contemporánea que, a pesar suya, no puede por menos que advertir en la modernidad cultural aún los signos de las grandes fracturas, de las resquebrajaduras en el seno de la unidad del saber, de donde ha nacido después la misma idea de modernidad. Ahora, en la medida en que la filosofía contemporánea, respecto al alargamiento del conflicto entre las así llamadas “dos culturas”, va en la dirección opuesta y, por tanto, hacia una visión orgánica y unitaria del saber, hacia una cultura de la integración, de la convivencia, de la solidaridad, entonces la reflexión contemporánea no puede hacer menos que reclamar la lección retórica de nuestro filósofo partenopeo.

[Trad. del italiano por Jose M. Sevilla]

NOTAS

1. Todas las referencias están tomadas del volumen de G. VICO, *Opere*, a cargo de A. Battistini, Milano, Mondadori, 1990, 2 vols. Los títulos de las obras viquianas mayormente utilizadas vienen indicadas con las siglas, seguidas por los números del capítulo, del párrafo o del libro, de la siguiente manera: SR = *De nostri temporis studiorum ratione*; AIS = *De antiquissima italorum sapientia*; A = *Autobiografía*; MH = *De mente heroica*; AFE = *Le Accademie e i rapporti tra la filosofia e l'eloquenza*; IO = *Institutiones Oratoriae*; SNS = *Scienza nuova* segunda.

2. SR, III, p. 111.

3. AIS, p. 116.

4. En G. VICO, *Opere filosofiche* [a cargo de P. Cristofolini, Sansoni, Firenze, 1971], p. 164.

5. SNS, § 1106.

6. MH, p. 383.

7. MH, p. 389.

8. MH, p. 391.

9. MH, p. 379.

10. SNS, § 364.

11. MH, p. 379.

12. SNS, § 364.

13. MH, p. 379.

14. *Ibid.*

15. MH, p. 381.

16. MH, p. 379.

17. SR, II, p. 103.

18. SNS, § 239.

19. SNS, § 1106.

20. MH, p. 376.

21. MH, p. 379.

22. MH, p. 389.

23. SR, XIV, pp. 207-209.

24. A, p. 84.

25. AFE, p. 408. [Cfr. la trad. española en la sección «Biblioteca», dentro de este mismo volumen 7/8 de *Cuadernos sobre Vico*]

26. *Ibid.*

27. SR, XV, p. 211.

28. *Ibid.*

* * *

